

# IN MEMORIAM

¡Dudabas! Dudabas siempre.  
Y tu alma sedienta de infinito  
buscaba, retadora, la Verdad.  
Y creyendo aprisionarla,  
entre tus razones lógicas,  
comprobaste que no había  
sino el fuego artificioso  
de soberbios pensamientos.

¡Cuántas veces tus ideas  
fueron dardos disparados  
hacia el escondido afán!

¡Cuántas veces tu cerebro  
campo de batalla fué,  
donde la Luz y la Sombra  
han clavado sus saetas  
de ¡Todo! y de ¡Nada!  
de ¡Razón! y de ¡Fe!  
La duda mordía diabólica...

¿Ser? ¿No ser?

Buceaba, en lo insondable,  
tu espíritu en busca de la Luz,  
soñando en la conquista  
de saber qué hay más allá.

Y tus labios, sin quererlo,  
pedían, con ansia balbuciente,  
limosna de inmortalidad.

Tenías miedo.  
Miedo espantoso a morir.  
A ser aquello que veías  
convertido en polvo con hedor.

Gusanera putrefacta,  
donde larvas cadaverinas  
celebraran sus banquetes  
sirviéndole de pastel dilecto  
tu masa encefálica  
que tantos pensamientos encerrara...

Miedo, pániro, a ser pasto  
de glotonos gusanillos ondulantes  
que mordiesen, feroces, devorando  
las ideas que eternas, tú, creyeras.

Tenías tal terror a morir,  
que creías sentir la mordedura  
en tu grande y noble corazón.

Y tu cabeza,  
—ya convertida en horrible calavera—  
que reía,  
—con mueca trágica y burlesca—,  
tu pedantesco y altivo saber.

\* \* \*

¡Padecías la feroz agonía  
de vivir,—estando muerto—  
para los anhelos teológicos—,  
ahogado por la angustia!..

\* \* \*

Te encarabas conmigo y batías  
mis simples ideas cristalinas,  
barriéndolas el huracán furioso

de tu diatriba sarcástica, irónica,  
de polémica demoledora.

Yo me reía  
de tu satánica y loca ambición  
de alcanzar la paz interna  
con sólo razones matemáticas.

Te equivocabas.  
Y, en vano, pretendiste escapar  
triunfante y vencedor.

\* \* \*

Al fin, hallé la melodía  
que hiciera acorde con tu alma.  
Y tu cerebro, hermético y ecuánime,  
le ví, conturbado, vacilar.  
¡Comenzaba mi lucha con la Duda!  
¿Quién vencería al final?

La Esperanza encendía su luz,  
—acariciante y soñadora—, en ti.

\* \* \*

Y el agua cantarina del regato,  
las rocas, los insectos y las flores,  
las nubes, los vientos, los perfumes,  
la lluvia fecundante,  
y el rayo destructor,  
el llanto del que sufre,  
la risa del que goza,  
lo grande y lo pequeño,  
todo ello me sirvió  
para romper la coraza  
de tu saber metafísico;  
ontológico y cosmogónico.

¡Ya asías el cable irrompible  
que te salvaría del caos!

\* \* \*

La muerte truncó tus anhelos  
de captar la Luz total  
por la escala divina de la Fe.

Las sombras se borraron  
con el alba radiosa y gozadora  
de un nuevo y grandioso renacer,  
que te abría la puerta de los sueños,  
—donde nada muere y todo vive —,  
calmando la sed que sentías  
de inmortalidad...

Brotaron las rosas amarillas  
que en sonrisa, la muerte plasmó  
en tu rostro que dormía  
inmóvil, mudo, frío...  
¡Ya no dudabas! ¡Tu alma fué a Dios!

\* \* \*

Hoy que recuerdo tu tránsito,  
siento la alegría pura y grande  
de haberte enseñado el fiel camino  
que inequívoco te condujo a El.  
Y en la humilde plegaria que musita,  
quedo y vibrante, el corazón,  
ruego te conceda generoso  
el gozar lo que tanto has deseado:  
la Verdad y el Amor  
que Cristo representa en la Cruz...  
Y donde está la honda teología  
que eleva los hombres hasta Dios.

«AMENOFIS»

## EL HOGAR EN LA GRAN CIUDAD

**L**AS grandes concentraciones humanas en torno a los centros industriales, comerciales o simplemente administrativos, Madrid, por ejemplo, ha creado un problema que hasta hace muy poco tiempo ha sido considerado, solamente ante la sociedad, en su aspecto material, y es indudable que el aspecto moral del mismo es muy importante, si queremos que en el hombre se recupere esa apreciación de los valores tradicionales que en torno al hogar fueron formándose y que en los veinticinco años últimos se han destruido casi totalmente.

Y sin echar la culpa de un modo absoluto a las «ideas disolventes» y quedarnos con el alma tan descansada como Sancho Panza después de ensartar media docena de refranes, vinieran o no a cuento, creo que es interesante pensar y discurrir sobre ello, con la seguridad de que nos encontraremos, como causa, origen o fermento de esa disociación hogareña, más con hechos disolventes que con ideas disgregadoras, ya que el español es por atavismo racial «tradicionalista», dentro de su hogar, y si se siente atraído por esos conceptos de libertad o libertinaje para los hijos, para los padres o para la esposa, gústale verlo en la casa del vecino, reservando la suya para mejor ocasión.

Pero a veces a los caracteres más duros y tenaces los rompen y trituran «hechos» más fuertes que sus caracteres mismos, pues es inútil el intento de crear un hogar cuando falta uno de los elementos esenciales para su creación, que es el espacio necesario.

Cuando la necesidad, apareada con la codicia, exigió del arquitecto la cubicación de la vida humana, en sus lugares más íntimos asestó un golpe de muerte al hogar. El hogar pudo existir cuando la superficie del mismo se medía por varas o por metros, pero al cubicarse, al diseñarlo teniendo en cuenta tan sólo los metros cúbicos de aire necesarios para cada persona, tuvo que hacerse pensando, solamente, en las necesidades materiales del hombre; es decir considerándolo tan sólo como animal útil y que por tanto debe criarse y mantenerse sano y fuerte para mayor utilidad de la especie, dejando a un lado las necesidades íntimas, las necesidades espirituales, afectivas y tradicionales, al privarle del espacio necesario para las mismas.

A la limitación del espacio tuvo que seguir, naturalmente, la limitación, desaparición o transformación del mueble del hogar; y el fuego, o ese ser «Coco» de los objetos viejos que es el traperero, se llevaron los venerables sillones que daban realce y autoridad al padre, los arcones repletos de ropa y recuerdos que hablaban a los niños del pasado; redujose a lo inverosímil el despacho, y feliz el que puede tenerlo; imposible disponer de comedor y sala de recibir y